

Los medios revisitando el pasado: los límites de la memoria

Elena Yeste

Universitat Ramon Llull
Facultat de Comunicació Blanquerna
Valldonzella, 23. 08001 Barcelona
ElenaYP@blanquerna.url.edu

Data de recepció: 22/2/2008
Data d'acceptació: 12/2/2009

Resumen

Los medios de comunicación se han volcado en la *revisión* de nuestro pasado colectivo. Debido a la «historicidad mediática», tal como la formuló John B. Thompson, los medios transmiten una *memoria mediada* que complementa a la «memoria propia de los historiadores», en palabras de Pierre Vilar. El problema es cuando políticos, historiadores, y especialmente medios de comunicación, abusan de la memoria y hacen un uso selectivo de la Historia, y se decantan con nostalgia hacia el pasado.

Palabras clave: revisionismo, medios de comunicación, Historia, memoria.

Abstract. *Media Revisiting the Past: the Limits of Memory*

The media have focused on the review of our collective past. Due to the concept of «mediated historicity», as formulated by John B. Thompson, the media convey a *mediated memory* which supplements «historians' own memory», in the words of Pierre Vilar. The problem comes when politicians, historians, and especially the mass media, abuse memory and make selective use of History, by opting for a strong feeling of nostalgia towards the past.

Key words: Revisionism, mass media, History, memory.

Sumario

- | | |
|------------------------------------|--|
| 1. Memoria e identidad | 4. Conclusiones: por una historia de todos |
| 2. Historicidad mediática | 5. Bibliografía |
| 3. Revisión <i>versus</i> negación | |

Juegos televisados, biografías populares, películas político-policíacas, recreaciones aproximadas de «atmósferas»: todo empuja al hombre de la calle a pensar la historia sentimentalmente, moralmente, en función de individuos. Me permito considerar el conocimiento histórico como de otra naturaleza: consiste en captar y esforzarse en hacer captar los fenómenos sociales en la dinámica de sus secuencias¹.

1. Memoria e identidad

Maurice Halbwachs murió el 16 de marzo de 1945 en el campo de concentración de Buchenwald. Lo hizo en los brazos de Jorge Semprún, mientras éste le recitaba unos últimos versos de Baudelaire, tal como cuenta Semprún en *La escritura o la vida*. Maurice Halbwachs es básicamente conocido por la obra *Los marcos sociales de la memoria*, de imprescindible lectura para aquellos que se dediquen al estudio de la memoria histórica. En él, Halbwachs se adentra en el análisis de la dimensión social del recuerdo. Para el autor, memoria individual y memoria colectiva forman parte de un mismo fenómeno social, dado que la memoria y el recuerdo personal van siempre unidos a un contexto y, por tanto, a un marco social. Dicho marco referencial de memoria está conformado por la experiencia y por la cadena de pensamientos, «ideas y juicios», que formulamos a propósito de dicha experiencia². Es en este sentido que memoria e historia se retroalimentan: explicaba Eugene Meyer que es la Historia quien invita a la memoria a inaugurar el «proceso dialéctico» de recordar y olvidar aquellas experiencias vividas por los individuos para transformarlas en algo «tangible»³; en definitiva, en un relato.

Asimismo, la reconstrucción del pasado en la que se fundamenta la memoria nos remite siempre a un marco temporal y espacial, que tiene su concreción en un determinado «lugar de memoria», concepto que ha sido examinado en profundidad por el historiador Pierre Nora en los tres volúmenes de *Les lieux de Mémoire*, y que se refiere al conjunto de espacios que forman parte del imaginario colectivo que han contribuido a forjar la identidad de los pueblos.

José Ortega y Gasset escribió en *La rebelión de las masas* que

fuera erróneo suponer que siempre el hombre de una época siente las pasadas, simplemente porque pasadas, como más bajas de nivel que la suya. Bastaría recordar, que, al parecer de Jorge Manrique, «Cualquier tiempo pasado fue mejor». Pero esto tampoco es verdad. Ni todas las edades se han sentido inferiores a alguna del pasado, ni todas se han creído superiores a cuantas fueron y recuerdan. Cada edad histórica manifiesta una sensación diferente ante ese

1. VILAR, P. (2004). *Memoria, historia e historiadores*. Granada: Universidad de Granada, p. 72-73.
2. HALBWACHS, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos, p. 326-328.
3. MEYER, E. «Memòria i consciència històrica». En: VILANOVA, M.; UBEDA, Ll. (eds.) (2006). *El repte de les fonts orals*. Barcelona: Direcció General de la Memòria Democràtica de Catalunya, p. 279.

extraño fenómeno de la altitud vital, y me sorprende que no hayan reparado nunca los pensadores e historiadores en hecho tan evidente y sustancioso⁴.

Con todo, nos encontramos hoy inmersos en una *edad histórica* proclive a mirar atrás no sin cierta nostalgia e idealización. Existen varias razones que permiten constatar dicha hipótesis. La principal, sin duda, es la situación de sobreabundancia de memoria y la omnipresencia del discurso a favor de la recuperación de la memoria histórica, un discurso en gran medida alentado desde las propias instituciones políticas y de poder, pero también desde los medios de comunicación, que se han volcado en la *revisión* de nuestro pasado colectivo. Como suele decirse, prescindir del conocimiento de nuestro pasado, especialmente de aquel que todavía gravita en el presente, nos condena ante la posibilidad de acabar repitiendo los mismos errores. Sin embargo, en el marco de esta reflexión hay un importante detalle que no debemos menostener: la memoria histórica debe incurrir en la crítica y en la autocritica de aquellos episodios más incómodos de nuestro pasado.

Lo dijo Maurice Halbwachs: en ocasiones, al tiempo que el pasado es reconstruido, puede que se lo «deforme», pues «es la razón o la inteligencia la que escogería entre los recuerdos, apartaría algunos de ellos, y dispondría de otros siguiendo un orden conforme a nuestras ideas del momento; así puede explicarse el porqué de las alteraciones»⁵. Alteraciones que, muy a menudo, tienen que ver con la nostalgia como «representación cursi del pasado» y con un «sentimentalismo problemático» que, en determinadas situaciones, falsea el pasado por idealización⁶. De las «desviaciones» que de ello resultan, el filósofo Paul Ricoeur nos avanzaba algunos de sus «síntomas» más «inquietantes»: «*demasiada* memoria en tal región del mundo; por tanto, abusos de memoria; *no suficiente* memoria en otro lugar; por tanto, abusos de olvido». Porque, es en el fenómeno identitario donde se halla «la causa de la fragilidad de la memoria así manipulada», concluía Ricoeur⁷.

Precisamente la historia o memoria *oficial* de un pueblo, el *gran relato* de la nación, apela directamente a la identidad: no obstante, dicho relato es, en esencia, inevitablemente «selectivo», pues «construir un conjunto de héroes implica opacar la acción de otros. Resaltar ciertos rasgos como señales de heroísmo implica silenciar otros rasgos, especialmente los errores y malos pasos de los que son definidos como héroes y deben aparecer inmaculados en esa historia», tal como explicaba Elizabeth Jelin a propósito de las luchas políticas por la memoria, es decir, de la lucha por la hegemonía del propio relato⁸. De igual manera, cuando a un pueblo le distorsionan o le arrebatan su memoria y, por tanto, la noción de un pasado quizás no tan lejano, puede sentirse en la nece-

4. ORTEGA GASSET, J. (2002). *La rebelión de las masas*. Madrid: El País, p. 66.

5. HALBWACHS, *Op. cit.*, p. 336-337.

6. MARGALIT, A. (2002). *Ética del recuerdo*. Barcelona: Herder, p. 54.

7. RICOEUR, P. (2003). *La memoria, la Historia, el olvido*. Madrid: Trotta, p. 111.

8. JELIN, E. (2002). *Los trabajos de memoria*. Madrid: Siglo XXI, p. 40.

sidad de ofrecer «una imagen ficticia» de sí mismo, falseada de manera más o menos consciente⁹.

Como decía el historiador británico Edward Hallet Carr: «El amor al pasado puede fácilmente convertirse en manifestación de una añoranza romántica de hombres y sociedades que ya pasaron, síntoma de la pérdida de la fe en el presente y el futuro, y del interés por ellos». Si bien, como sostenía el propio Carr, la función del historiador, y podríamos añadir aquí que también la del periodista, no es «ni amar el pasado ni emanciparse de él, sino dominarlo y comprenderlo, como clave para la comprensión del presente»¹⁰.

2. Historicidad mediática

Como se ha comprobado, existe una memoria individual, social y compartida en forma de recuerdo en el presente. Pero no es esta la única manera que tenemos de viajar al pasado. En primer lugar, está la representación que nos ofrecen las proyecciones cinematográficas como instrumento de análisis y de transmisión del conocimiento histórico y las novedades que, en la misma línea, genera la industria editorial¹¹: ambas proponen nuevas maneras de pensar el pasado y de aproximarnos a él¹². Pero también está la representación que llevan a cabo los medios de comunicación como agentes de transmisión de nuestra herencia colectiva¹³. Nos referimos a la *memoria mediada*, a la Historia que

9. TORRALBA, F. «Fonaments ètics per a una memòria justa i plural». En: ÁLVARO, F.-M. (ed.). (2008). *Memòria històrica, entre la ideologia i la justícia*. Barcelona: INEHC, p. 29.

10. CARR, E. H. (1993). *¿Qué es la historia?* Barcelona: Ariel, p. 71.

11. Para hacernos una idea del importante volumen de publicaciones registradas, tan solo cabe echar un vistazo a la base de datos del ISBN: entre el trimestre de octubre-diciembre de 2007 y octubre-diciembre de 2008, se inscribieron un total de 5.527 obras en la categoría correspondiente a «Historia y biografía». ISBN: <http://www.mcu.es/libro/MC/PEE/estadisticas/tematicaTri.html>.

12. No obstante, Robert A. Rosenstone considera que «las películas tienen más facilidad que los libros para hacernos partícipes de las vidas y situaciones de otras épocas», sobre todo porque «las imágenes de la pantalla, junto con los diálogos y sonidos en general, nos envuelven, embargan nuestros sentidos y nos impiden mantenernos distanciados de la narración». ROSENSTONE, R. A. (1997). *El pasado en imágenes. El desafío del cine a nuestra idea de la historia*. Barcelona: Ariel, p. 31. Para el autor, sin embargo, el cine «ni reemplaza la Historia como disciplina ni la complementa» sino que es «colindante» con la Historia. *Ibid.*, p. 63. Los mejores films históricos: «1. Mostrarán no sólo lo ocurrido sino qué significado tiene para nosotros. 2. Interrogarán al pasado respecto del presente [...] 3. Crearán un mundo histórico lo suficientemente complejo para que rebose de significados. Por lo tanto, sus significados serán siempre múltiples y no podrán expresarse fácilmente con palabras». *Ibid.*, p. 173. Para una ampliación del tema: ROSENSTONE, R. A.; SORLIN, P.; TRANIELLO, F.; GOZZINI, G. «Fare del cinema, raccontare la storia. Oliver Stone: uno storico». En: *Contemporanea* (2000) n. 4, p. 701-725.

13. Un aspecto crucial en este sentido es el desarrollo de la especificidad del periodismo de investigación histórica —un tipo de periodismo que, de hecho, cabría reconocer desde ya como un nuevo tipo de periodismo especializado— y su género por excelencia: el documental televisivo de divulgación histórica. Una de las mejores herramientas con que cuenta el periodismo para narrar la Historia es el documental. Constituye la evocación de un pasado que vuelve en forma de relato. Escrito, pensado, guionizado, para brindar al espec-

escriben los periodistas, configuradora de una memoria que, por sus características, difiere de la «memoria propia de los historiadores», que, según Pierre Vilar, se caracteriza por un enfoque más «científico» y su afán de «reconstrucción crítica» del pasado¹⁴.

«Sin lugar a dudas, resulta difícil modificar el presente. ¿Pero no lo es mucho más, con ciertas reservas, transformar la imagen del pasado, que existe, del mismo modo, virtualmente al menos, en el presente, dado que la sociedad siempre conserva en su pensamiento los marcos de su memoria?», se preguntaba Halbwachs. Dichas palabras del autor de *Los marcos sociales de la memoria*, sin embargo, olvidan algo fundamental: el poder y la influencia que ejercen los medios de comunicación como narradores y escultores de la realidad social actual, pero también de la realidad pasada. Porque los medios trasladan a la audiencia una determinada idea de la Historia, hasta el punto de que se han convertido en verdaderos «órganos de historización», como ha observado Manuel Cruz¹⁵.

Esta situación responde a un hecho incontestable: gracias al desarrollo de los medios de comunicación, y a la «historicidad mediática» tal como la formuló John B. Thompson, «nuestra percepción del pasado, y nuestra percepción de las maneras en que el pasado afecta a nuestra vida actual, depende cada vez más de una creciente reserva de formas simbólicas mediáticas»¹⁶. La memoria histórica se ha convertido en un asunto que ya no compete única y exclusivamente al individuo y a su colectivo de pertenencia, sino que se ha convertido en un asunto inamovible en la agenda temática de los medios de comunicación. Esta constatación es la que ha llevado a Manuel Cruz a afirmar que:

Tal vez hubo un tiempo en el que podía afirmarse que la nostalgia [era] una forma de poner a trabajar el pasado: fue ese tiempo en el que todavía la memoria estaba, por lo menos en alguna medida, en nuestras manos. Cuando, al describirla, no había más remedio que destacar su condición de selectiva, de interesada, condición desde la que desarrollaba los efectos que le eran propios (como la nostalgia). Ahora, la selección nos viene dada: apenas hay lugar, con tanto regreso al pasado con el que se nos agobia por todas partes, para que los individuos recuerden por su cuenta. Resultado: la memoria ha sido desactivada. Ha dejado de pertenecernos, ni tan siquiera en parte¹⁷.

Mientras tanto, la memoria, «con tanta repetición, va perdiendo su aura», pues «que todo se re-presente una y otra vez, que en cierto sentido nada desa-

tador una interpretación coherente y argumentada del pasado. Es una de las conclusiones teóricas que sobre este género ha propuesto la Dra. Sira HERNÁNDEZ CORCHETE (2008), en *La historia contada en televisión. El documental televisivo de divulgación histórica en España*.

14. VILAR. *Op. cit.*, p. 24.

15. CRUZ, M. (ed.). (2002). *Hacia dónde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Paidós, p. 20.

16. THOMPSON, J. B. (1998). *Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós, p. 55.

17. CRUZ, *Op. cit.*, p. 25.

parezca por completo, impide seguir pensando en el pasado de la misma manera que antaño». En consecuencia, «este pasado sin pátina, sin aura, termina siendo no un pasado-pasado (esto es, abandonado, superado), sino una modalidad, apenas levemente anacrónica, del presente», añadía el mismo autor¹⁸. Por su parte, el filósofo de la posmodernidad Gianni Vattimo analizaba este fenómeno en *La sociedad transparente*, vislumbrando una Historia reducida «al plano de la simultaneidad», «a través de técnicas como la crónica televisiva en directo»¹⁹.

A ello se refirieron también Daniel Dayan y Elihu Katz en *La historia en directo. La retransmisión televisiva de los acontecimientos*. No hay duda, precisaban, de que «la pequeña pantalla se [ha convertido] en el historiador autorizado que invita a una vasta audiencia a tomar parte de la crónica de la modernidad»²⁰. Como sostienen Dayan y Katz, «la opción está entre adoptar un papel agonístico, tratar el acontecimiento como una noticia e incluirlo en un informativo, o entrar en la modalidad del ceremonial y convertirse en testigo del acontecimiento»²¹. Cuando se da esto último, y se participa de una «coronación» conmemorativa, no se trata ya de que la televisión sea un «sustituto» de la realidad cotidiana, sino de que:

esos grandes acontecimientos [que, más tarde, pasan a formar parte de la Historia] puede que tengan su efecto primordial, y desde luego obtienen su puesto en la memoria colectiva, no en la forma en que fueron escenificados originalmente, sino en la forma en que fueron retransmitidos. Muchos acontecimientos quedan radicalmente transformados por la televisión, y a menudo se hacen irreconocibles para aquellos que asistieron a ellos en persona. Mayor razón, por consiguiente, para preocuparse del modo en que se escribe el guión del acontecimiento²².

La principal conclusión que de ello se desprende es que:

los acontecimientos mediáticos y su narración compiten con la escritura de la historia en lo que se refiere a la definición del contenido de la memoria colectiva. Su carácter quebrantador y heroico es lo que realmente se recuerda, pese a los esfuerzos de los historiadores y los científicos sociales por percibir continuidades y por ir más allá de lo personal. Además, los acontecimientos ceremoniales son citados constantemente en forma de evocaciones o en forma narrativa en la televisión, y se abren paso hasta filmes, miniseries históricas o seriales contemporáneos²³.

18. *Ibid.*, p. 21.

19. VATTIMO, G. (1996). *La sociedad transparente*. Barcelona: Paidós, p. 96.

20. DAYAN, D.; KATZ, E. (1995). *La historia en directo. La retransmisión televisiva de los acontecimientos*. Barcelona: Gustavo Gili, p. 67.

21. *Ibid.*, p. 79.

22. *Ibid.*, p. 68.

23. *Ibid.*, p. 169-170.

No en balde, podemos decir que, paralelamente a la historiografía profesional y académica, ha empezado a manifestarse lo que, al parecer del profesor Francisco A. Martínez Gallego, es ya una nueva «historiografía mediática», que, por su repercusión a través de la comunicación de masas, el cine, o la televisión, es capaz de «matizar, minimizar y hasta modificar el impacto social de la primera», es decir, de la historiografía tradicional, contribuyendo a construir la así llamada memoria social²⁴.

3. Revisión *versus* negación

Lo anterior nos lleva a afirmar que tanto la comunidad historiográfica como los medios de comunicación constituyen, hoy más que nunca, agentes de revisión o *revisitación* de nuestro pasado, aunque por razones evidentes, ya que «los acontecimientos se reescriben continuamente y se reevalúa su significación a la luz de la información posterior»²⁵. Tal como afirmaba Carr, «sólo podemos captar el pasado y lograr comprenderlo a través del cristal del presente»²⁶, y, de acuerdo con otro célebre historiador, Marc Bloch, «en verdad, conscientemente o no, siempre tomamos de nuestras experiencias cotidianas, matizadas, donde es preciso, con nuevos tintes, los elementos que nos sirven para reconstruir el pasado»²⁷. Se rompe así con aquel viejo estereotipo de que el pasado se recuerda como si estuviera «fijado» para siempre, de forma «inmutable», indiferente al paso del tiempo²⁸. Porque *historiar* consiste en reconsiderar el pasado a partir de nuevos interrogantes, aportando nuevos puntos de vista.

Con todo, también la «memoria de los historiadores» de que nos hablaba Pierre Vilar se ha visto sometida a abusos, por parte de aquellos que hacen un uso ilegítimo e indebido de la disciplina, llegando a banalizar sus prácticas. Ya se sabe: como advertía Josep Fontana, la Historia, «en malas manos», puede convertirse en una terrible «arma destructiva»²⁹. No obstante, a dicho uso inapropiado de la Historia cabe definirlo con otro término: *revisionismo*, y *negacionismo* cuando se trata de la negación de cualquier «conocimiento factual» que no esté sujeto a las interpretaciones del autor. Y bien, estos son los principales abusos de la memoria social mediada³⁰. Porque una cosa es revisar, y otra muy diferente es, como han observado los historiadores Jesús Izquierdo Martín y Pablo Sánchez León, «negar o tergiversar gran parte de los datos que otros historiadores con rigor han investigado, simplemente porque no com-

24. BORDERÍA, E. (2005). «Los medios audiovisuales y la historia: memoria del franquismo y la transición en la serie “Cuéntame cómo pasó”». *Aula, Historia Social*, n. 15, p. 54.

25. DANTO, A. C. (1989). *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*. Barcelona: Paidós, p. 45.

26. CARR. *Op. cit.*, p. 70.

27. BLOCH, M. (1988). *Introducción a la Historia*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, p. 39.

28. LOWENTHAL, D. (1998). *El pasado es un país extraño*. Madrid: Akal, p. 301.

29. FONTANA, J. (2000). *La història dels homes*. Barcelona: Crítica, p. 353.

30. TODOROV, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós, p. 15.

parten sus relatos y tratan de imponer de esta manera sus propias interpretaciones»³¹. De nuevo, resuenan aquí unas palabras de Ortega y Gasset:

La historia es la realidad del hombre. No tiene otra. En ella se ha llegado a hacer tal y como es. Negar el pasado es absurdo e ilusorio, porque el pasado es «lo natural del hombre, que vuelve al galope». El pasado no está ahí y no se ha tomado el trabajo de pasar para que lo neguemos, sino para que lo integremos. Los doctrinarios despreciaban los «derechos del hombre» porque son absolutos «metafísicos», abstracciones e irrealidades. Los verdaderos derechos son los que absolutamente están ahí, porque han ido apareciendo y consolidándose en la historia: tales son las «libertades», la legitimidad, la magistratura, las «capacidades»³².

4. Conclusiones: por una Historia de todos

Los medios de comunicación tienen, junto a los historiadores, una gran responsabilidad social ante sí en cuanto a la recuperación de la memoria histórica. Su compromiso con la *revisión* del pasado se revela fundamental para que las nuevas y futuras generaciones tengan la posibilidad de revivir y entender el pasado por medio de su representación simbólica: «Ciertamente, existen muchos hechos, bastantes detalles de ciertos hechos, que el individuo olvidaría, si los otros no los conservaran para él. Si bien la sociedad sólo puede existir si los individuos y los grupos que conviven en su seno, poseen puntos de vista comunes»³³. Dicha memoria es expresión, por tanto, de un «recuerdo compartido» como «suma» de diferentes experiencias individuales puestas en común. Pero un recuerdo compartido es, asimismo, mucho «más que un mero

31. Pier Paolo Poggio se ha referido a las distintas acepciones que se desprenden del concepto del «revisiónismo». Las vemos a continuación: «Para algunos, el revisionismo histórico no es más que un sinónimo de mala historiografía, ya sea porque tiene que ver con una producción predominantemente periodística, ya sea por la decisión deontológicamente reprochable de algunos historiadores de abandonar el terreno de los estudios científicos y dedicarse a la divulgación común, por militancia política o por motivaciones monetarias, o por ambas razones. [...] En opinión de otros, en cambio, el revisionismo constituye un fenómeno realmente importante, en cierto sentido saludable, que no hay que cancelar de manera expeditiva ni etiquetar *a priori* de forma negativa. Esta postura pone el acento y enfatiza el procedimiento estándar de la escritura historiográfica, o la incesante revisión de las conquistas, conocimientos e hipótesis interpretativas anteriores a la luz de nuevos documentos y nuevas interpretaciones, bajo la urgencia de las transformaciones que influyen sobre el presente y que nos inducen a reorientar nuestra relación con el pasado». POGGIO, P. P. (2006). *Nazismo y revisionismo histórico*. Madrid: Akal, p. 199-200. Para estos últimos, como es el caso de Izquierdo Martín y Sánchez León, «confundir *revisionismo* con *negacionismo* no sólo implica equivocarse en dos planos epistemológicos, el del conocimiento de los datos y el de su evaluación en los relatos; también supone poner bajo sospecha cualquier replanteamiento de la epistemología instituida entre los historiadores». IZQUIERDO, J.; SÁNCHEZ, P. (2006). *La guerra que nos han contado: 1936 y nosotros*. Madrid: Alianza, p. 302-303.

32. ORTEGA. *Op. cit.*, p. 25.

33. HALBWACHS. *Op. cit.*, p. 336.

acumulador de recuerdos individuales: necesita de un entendimiento», tal como señalaba Avishai Margalit.

Entendimiento de un recuerdo previamente «contrastado», consensuado como voz integradora de múltiples puntos de vista, que a su vez poseen una voz y una versión propia de nuestra Historia, en definitiva, *su* versión, en singular, dentro del imaginario común³⁴.

5. Bibliografía

- ÁLVARO, Francesc-Marc (ed.). (2008). *Memòria històrica, entre la ideologia i la justícia*. Barcelona: INEHCA.
- BLOCH, Marc (1988). *Introducción a la Historia*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- BORDERÍA, Enrique. (2005). «Los medios audiovisuales y la historia: memoria del franquismo y la transición en la serie “Cuéntame cómo pasó”». *Aula, Historia Social*, n. 15.
- CARR, Edward Hallett (1993). *¿Qué es la historia?* Barcelona: Ariel.
- CRUZ, Manuel (ed.). (2002). *Hacia dónde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Paidós.
- DANTO, Arthur C. (1989). *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*. Barcelona: Paidós.
- DAYAN, Daniel; KATZ, Elihu (1995). *La historia en directo. La retransmisión televisiva de los acontecimientos*. Barcelona: Gustavo Gili.
- FONTANA, Josep (2000). *La història dels homes*. Barcelona: Crítica.
- HALBWACHS, Maurice (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos.
- HERNÁNDEZ CORCHETE, Sira (2008). *La historia contada en televisión. El documental televisivo de divulgación histórica en España*. Barcelona: Gedisa.
- IZQUIERDO MARTÍN, Jesús; SÁNCHEZ LEÓN, Pablo (2006). *La guerra que nos han contado: 1936 y nosotros*. Madrid: Alianza.
- JELIN, Elizabeth (2002). *Los trabajos de memoria*. Madrid: Siglo XXI.
- LOWENTHAL, David (1998). *El pasado es un país extraño*. Madrid: Akal.
- MARGALIT, Avishai (2002). *Ética del recuerdo*. Barcelona: Herder.
- ORTEGA Y GASSET, José (2002). *La rebelión de las masas*. Madrid: El País.
- POGGIO, Pier Paolo (2006). *Nazismo y revisionismo histórico*. Madrid: Akal.
- RICOEUR, Paul (2003). *La memoria, la Historia, el olvido*. Madrid: Trotta.
- ROSENSTONE, Robert A. (1997). *El pasado en imágenes. El desafío del cine a nuestra idea de la historia*. Barcelona: Ariel.
- ROSENSTONE, R. A.; SORLIN, P.; TRANIELLO, F.; GOZZINI, G. «Fare del cinema, raccontare la storia. Oliver Stone: uno storico». En *Contemporanea* (2000), n. 4, p. 701-725.
- THOMPSON, John B. (1998). *Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona: Paidós.
- TODOROV, Tzvetan (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- VATTIMO, Gianni (1996). *La sociedad transparente*. Barcelona: Paidós.
- VILANOVA, Mercedes; UBEDA, Lluís (eds.) (2006). *El rept de les fonts orals*. Barcelona: Direcció General de la Memòria Democràtica de Catalunya.
- VILAR, Pierre (2004). *Memoria, historia e historiadores*. Granada: Universidad de Granada.

34. MARGALIT. *Op. cit.*, p. 44.

Elena Yeste. Es periodista y diplomada en Estudios Avanzados (DEA) por la Facultad de Comunicación Blanquerna (FCB), donde ha cursado los estudios de doctorado en *Política, media y sociedad*, y forma parte del Departamento de Investigación como becaria FI de la Generalitat de Catalunya. Máster oficial en Estudios Históricos por la Universidad de Barcelona (UB), está trabajando en una tesis doctoral sobre el fenómeno revisionista en España.
